

*Un camino desde Oxford**

Manuel Flores Mora

Hacer Historia

Un hombre, en Oxford, ha tardado veintiún años en escribir un libro.

El libro, que no ha llegado aún al Río de la Plata —ni llegará quizás en mucho tiempo— tiene dos mil páginas, divididos en cinco volúmenes. Los dos primeros acaban de ser publicados por Editions Recherches, con la colaboración del Centro Nacional de Letras de Francia. Los tres restantes aparecerán, según se anuncia, en el mes de abril.

El que lo escribió, sin duda, es digno de ser envidiado por su logro. Pero más aún por el infinito placer solitario de esos 21 años de paz a brazo partido con el pasado de un país entero.

El libro abarca 97 años. Su autor se llama Teodoro Zeldin. Inicialmente el propósito era escribir la historia de Francia desde 1848 hasta 1945. Mucho antes de terminarlo el autor comprendió que lo que estaba haciendo no era exactamente lo que, en términos tradicionales, podía llamarse la historia de un país. Puso, pues, a su obra el título exacto que correspondía: "*Historia de las pasiones francesas: 1848-1945*".

Desde que la historia —o la vida— son el territorio natural de las pasiones, no se advierte a primera vista dónde está la diferencia. A poco, sin embargo, que pensemos en todos los libros de historia que hemos conocido, es evidente el abismo entre la empresa cumplida por Zeldin y lo anterior. Por lo general, en efecto la primera pasión que un libro testimonia es la pasión, de su autor. Y sus ideas. Las reducciones simplificadoras a las que, presuntuosamente, solemos otorgar el nombre de "interpretación".

En función de esos moldes subjetivos previos, el historiador se dirige a los hechos y, en los hechos, recorta los personajes con los que arma la estructura de su visión del pasado. O de su visión del presente, dentro de la cual embute el pasado.

Enteramente opuesto, el método de Zeldin toma la pasión o pasiones por objeto. Su meta no es tanto determinar qué cosa pasó en Francia durante esos casi veinte lustros. Sino mejor, qué deseos, creencias y tendencias, apasionaron a los franceses durante el período. Qué idea tuvieron de sí mismos y cómo imaginaron lo que deseaban ser o lograr, en todos los planos imaginables. En suma: lo que persiguió Zeldin fue la topografía sucesiva del paisaje de ilusiones de un pueblo, la carga de pasiones que desplegó al servicio de esos paisajes ilusorios.

Por supuesto que el lector encuentra luego los mismos hombres y figuras. Sólo que perdidos de algún modo entre muchísimas más, que las ubican y explican. De otro modo: no es ya como esa historia de Roma con un protagonista que se llama Julio César y algunos solitarios y recortados interlocutores o contendores: Pompeyo, Cicerón; Marco Antonio... Esa historia donde los romanos

* Transcripción y revisión: Lic. Silvia Sánchez

sólo existen, como una bruma anónima de la que poco o nada se distingue, excepto el saber que ahí estuvieron.

Con el método Zeldin, la muchedumbre —y en ella sus interminables divisiones, franjas, articulaciones y sectores— es, al fin, el personaje. Los dirigentes, los grandes nombres no dejan ciertamente de existir. Sólo que aparecen como explicados y proyectados por esa muchedumbre, fuente de luz que los proyecta sobre la pantalla y al mismo tiempo, los crea, los justifica y, cuando toca, los barre o los borra.

El Autor

Sofía Lannes ha entrevistado a Teodoro Zeldin para "L'Express", fuente de la cual tomamos algunos de los juicios de éste a propósito de Francia, del libro y de sí mismo.

Lo más extraño es la clase de honestidad que coloca en la base de su empresa. *"He trabajado — declara— pegado a mi ventana, mirando vivir el mayor número posible de gentes y el más diverso. Es, si usted quiere, por franceses interpósitos, una suerte de experiencia humana por procuración. Y si el libro es un poco extraño, es precisamente porque me he permitido expresar en él mi propia personalidad"*.

Insiste luego en su método de inocencia (*"experimento con mucha fuerza la necesidad de rechazar la especialización, que es la marca de nuestro siglo y que me parece el obstáculo más serio para que el hombre se conozca..."*) y declara que sólo le ha sido posible enseñar *"lo que no conozco, lo que descubro casi al mismo tiempo que mis estudiantes"*.

"Planteo —agrega— cuestiones tal vez ingenuas, tal vez ridículas, con la idea de no aceptar ninguna verdad recibida sin saber primero cómo se llegó a establecerla y a creer en ella. De separar, en suma, los hechos de su interpretación."

— *Es una vasta ambición* —manifiesta Sofía Lannes.

— *Yo estoy un poco loco* —responde Zeldin— *pero trabajo mucho y muy rápido.*

El Medio: Oxford

La palabra locura nos instala de golpe en el medio de que surge Zeldin, esa .maravilla al costado del universo que se llama Oxford. Cada vez que he estado en Oxford he sentido casi como una culpa: la necesidad de pedir perdón por estar en Oxford. Luego uno siente que es Oxford —su paz alienada y certera— el que tendría que pedir perdón por existir. Finalmente, se comprende que no es Oxford, sino el resto del mundo el que tiene que pedir perdón por no ser como Oxford.

Por "L'Express" me entero que Zeldin integra el St. Antony's College (en "L'Express" escriben Saint Anthony College...). En ese inverosímil St. Antony es precisamente donde se encuentra y funciona el Instituto Latinoamericano de la Universidad de Oxford. Está en Woodstock Road, la gran avenida de piedras centenarias y árboles centenarios que va al vecino Woodstock y por donde se marcha hacia el palacio donde nació Winston Churchill.

Allí, en el St. Antony conocí a Malcolm Deas y a M. D. C. Platt, primer especialista británico en historia de Colombia, el primero, Director el segundo del Instituto Latinoamericano y primer especialista en historia financiera anglo-rioplatense. Allí también encontré —vivía precisamente en

el 68 de Woodstock Road— al argentino Guido Di Tella, que enseñaba economía en el St. Antony. De haberlo sabido, hubiera dicho que quería conocer a Zeldin y seguramente lo hubiera conocido y oído... Así es Oxford, donde un profesor puede estar mal y absurdamente vestido (lo contrario indicaría que le da importancia a esas estupideces) y donde la comunicación humana, siempre en el más ceñido respeto, excluye las tonterías de la formalidad.

Pasado e Ideas

Zeldin explica para S. Lannes su método de investigación del pasado, tratando de captarlo tal como fue, en la diversidad completa de lo real, constituida por innumerables microcosmos que deben ser comparados y yuxtapuestos, y así hacer saltar las complejidades y las contradicciones. Su método no es obviamente lograr "una imposible teoría global sobre Francia", sino tomar "cien mil fotografías diferentes para intentar cernir su realidad profunda". Y esto, que me parece definitivo.

—La vida no es armonía. Los individuos están animados de pasiones diversas y contradictorias. No es inútil mostrarlos divididos, partidos en sí mismos.

Sofía Lannes objeta o pregunta si la tesis de Zeldin es la ausencia de tesis. Zeldin contesta que "las explicaciones unitarias, las simplificaciones brillantes son invenciones de intelectuales".

— Usted es uno —dice Lannes.

— Claro está —responde Zeldin— pero yo no me tomo en serio. Y más adelante aclara, con la misma impavidez oxforiana:

— En realidad, escribiendo este libro, me he interesado mucho más en las sensibilidades y en los hombres, que en las ideologías, respecto de las cuales, me parece que se exagera el papel que tienen en el comportamiento humano.

Después de tanta vanidad de historia partidista, revisionista, de historia marxista o resista, esto es, de historia hecha para demostrar lo que ya se creía antes de hacerla, este hondo desparpajo de Teodoro Zeldin me parece una espléndida, promisoría lección. Como una ventana abierta para que entre el aire.

Como la renuncia a hacer hablar el pasado por ventriloquia, en que tantos insisten.